

Ignoramos si desde el punto de vista político es bueno o es malo que el edificio que fue la sede central nacional de Correos, de los arquitectos Antonio Palacios y Julián Otamendi, se convierta en la nueva Casa Consistorial del Ayuntamiento de Madrid. Lo que resulta bastante claro, sin embargo, es cómo algunas obras de Palacios –no de Otamendi ni de su hermano– parecían llevar en sí una voluntad de cambio de uso, sobre todo si nos referimos al concepto del "carácter".

A pesar de las connotaciones eclesiásticas del neoplateresco, hay que reconocer que tanto el aspecto del edificio como su situación son bastante apropiados para el nuevo Ayuntamiento. A ninguna persona que no sepa de antemano que había sido Correos le extrañará en el futuro.

De Palacios son también el banco Mercantil e Industrial y el banco del Río de la Plata, ambos en la calle de Alcalá. Siempre parecieron edificios oficiales y finalmente lo han acabado siendo. El primero pertenece hoy a la Comunidad de Madrid.

Y es lástima que el segundo no se haya convertido en el Tribunal Constitucional, como se había dicho, pues era perfecto para este uso, con el carácter que le imprimen sus grandes columnatas y sus cariátides. Como en el caso de Correos, sólo los previamente avisados pensarían que fue construido para otra cosa. Y así podría haberse abandonado el edificio actual, una de las peores obras del gran arquitecto catalán Antonio Bonet Castellana. Fue edificado para la Hermandad de Farmacéuticos, y como no les gustó, o no les sirvió, se lo colocaron al estado que todo lo traga.

Es viejo este último asunto. El municipio se ha quedado con el antiguo edificio del Banco de

Vizcaya, también en la calle de Alcalá y realizado por el bilbaíno Manuel Galíndez, sin que se haya cambiado todavía su dedicación. El Palacio de Villahermosa en el Paseo del Prado –un edificio reformadísimo desde su origen, la primera vez por Antonio López Aguado– fue convertido en la Banca López Quesada por el arquitecto Fernando Moreno Barberá. Acabó pasando al estado y, después de barajar la posibilidad de convertirlo en la ampliación del Museo de Villanueva, se convirtió en el Thyssen que realizó Moneo.

Todo esto nos plantea la siguiente cuestión: ¿resiste el patrimonio arquitectónico el embate de todos estos cambios? Pero también hace surgir dudas urbanísticas. Azaña, refiriéndose en sus memorias a la ampliación de la Castellana de Zuazo, opinaba que estaba muy bien porque sacaba a Madrid del "patio" de Cibeles y del "corredor" de la calle de Alcalá. ¿Es bueno que lo oficial e institucional vuelva al centro y se acumule allí?

Desde luego, el destino irremediable de los edificios que duran es cambiar su uso a lo largo del tiempo. A las modificaciones físicas que ello exige sólo deberíamos pedirles unas cualidades arquitectónicas finales que sean acordes con los valores hasta entonces conservados, aunque bien sabemos que es ésta una cuestión siempre muy discutida.

Y acabemos con una sencilla petición dirigida a nuestro ayuntamiento, aunque difícil será que alguien la trasmite a quien corresponda. Dentro del insoportable furor constructivo de la ciudad ¿no quedaría un pequeño sobrante presupuestario para rotular las calles de modo sistemático? Sería estupendo llevarlo a cabo, aunque por el momento no es más que una broma: de ninguna manera aspiramos a que se gaste todavía más.